

Fernando Olavarría Gabler nace en Santiago de Chile el 5 de Abril de 1929. Estudia Medicina en la Universidad de Chile y se recibe de Médico Cirujano en 1955, dedicando más de cincuenta años a su profesión. Además de sus actividades médicas proyecta su capacidad creativa en el arte de la pintura y la literatura. Es autor de la serie de 44 cuentos infantiles “Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos” que acompaña con sus propias ilustraciones a color, y de la serie de 116 “Cuentos para entretener el Alma” también con ilustraciones propias. En 1987 es premiado en el Concurso Nacional de Poesía y Cuento Infantil. En 2007 publica, en formato e-book, la totalidad de sus cuentos en www.cuentosdefederico.com. Actualmente continúa escribiendo mágicas historias y pintando en la ciudad de Viña del Mar.

Edición en español e inglés.

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

EDICIONES ALTAZOR

*Para mi hijo Rodrigo
con el gran cariño de su padre.*



Llegó la primavera. ¡Viva la primavera! ¡Vivan las flores y las frutas verdes! Rodrigo tuvo vómitos, fiebre y dolor de vientre. La mamá temió que pudiera ser un ataque de apendicitis y tomándolo en brazos lo llevó al automóvil y se dirigió a gran velocidad hacia el hospital.

Pero por causa que no vale la pena explicar, el automóvil no llegó al hospital blanco de niños sino al azul de gente grande. La mamá, angustiada, cambió de rumbo y se encontró con el hospital amarillo, exclusivamente para ancianos. Luego se encontró con el rojo, que es para las mamás que van a tener hijitos. Rodrigo lloraba y se quejaba desesperado apretándose el vientre con las dos manos y su mamá, en el colmo de la desesperación, enfiló por una larga calle adornada con hermosos árboles porque había divisado un

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

letrero en el cual leyó: “*Al Hospital de las B...*”

Al final de la calle había un hermoso edificio de múltiples colores que tenía el aspecto de una fortaleza. El automóvil se detuvo y bajó la atribulada madre con su hijo en brazos. En la puerta estaba esperándolos una monja de hábito negro. Recibió al niño cariñosamente y sonrió a la mamá con la sonrisa más amable del mundo. Rodrigo observaba la cara de la monja con mucha atención y le extrañaba su nariz ganchuda, los ojos brillantes, los anteojos con marco de oro y los dientes amarillentos y puntiagudos. El niño no sabía que había ingresado ¡al Hospital de las Brujas!

Tendrá que dejar al enfermo aquí y usted volver mañana –dijo la falsa monja, es decir la bruja. La madre, aunque no le pareció bien todo esto, tuvo que resignarse y se marchó a casa.

Al niño lo llevaron a una sala de recepción y allí lo examinó un médico con largos bigotes y puntiaguda barba y –cosa extraña– vestía de negro y no

de blanco. Desnudaron al niño y en vez de palparle el vientre con las manos o usar ese aparato que se colocan los médicos en los oídos, sacó una varilla que tenía dentro de su ancha manga y empezó a hacerle cosquillas a Rodrigo en la planta de los pies, en el cuello, en las costillas, en fin, en todas partes donde Rodrigo tenía cosquillas. El niño se reía a carcajadas, más bien lloraba de la risa y casi se caía al suelo de tanto revolcarse.

El dolor había desaparecido y el niño eliminó en un bacín toda la fruta verde que había comido.

—Necesita un baño — dijo la bruja — un baño de tina bien caliente. Después, a comer y a dormir porque mañana será dado de alta cuando venga su mamá.

Rodrigo se sentía ahora muy bien y encontraba simpático al doctor y su juego de las cosquillas.

Dos brujas enfermeras aparecieron y llevaron al niño por un pasillo



hasta una hermosa sala en la cual había una cama con sábanas blancas muy limpias.

El dormitorio se comunicaba con una sala de baño. Llenaron la tina con agua tibia y jabonaron a Rodrigo, éste continuó bañándose por largo tiempo. Las brujas habían traído botecitos, peces, tortugas y otros juguetes que flotaban en el agua y entretenían al niño.

Rodrigo no quería salirse del agua y nadie lo obligaba a ello. El agua jabonosa cada vez producía más espuma y ésta rebalsaba los bordes de la tina y caía a las baldosas.

De pronto, entre la espuma, Rodrigo se dio cuenta de que dos ojos lo observaban. Eran dos ojos grandes y redondos que en un principio se habían confundido con dos grandes pompas de jabón. El niño se sobresaltó y quiso salir rápidamente de la bañera, pero en esos instantes se asomó por encima de las burbujas, la cabeza de un gran sapo amarillo cuyos ojos eran los que



Rodrigo y el Hospital de las Brujas

habían asustado a Rodrigo.

—Buenas tardes —dijo el sapo. —Dime niño ¿cómo te han tratado en este hospital?

—Bien —respondió el niño, que no dejaba de observar el sapo con curiosidad.

—No tengas miedo —dijo el sapo —no soy un sapo venenoso.

—¿Por qué te metiste a mi bañera?—preguntó Rodrigo.

—Porque tenía mucho frío, y a propósito, no estés ahí desnudo de pie tiritando con el agua hasta las rodillas. Siéntate y sigamos conversando.

—Oye sapo ¿no te hace daño el agua caliente y el jabón?

—No— respondió el sapo; todo lo contrario, me agrada mucho. ¿Sabes por qué? Porque soy un sapo tropical.

¿Tienes idea niño qué hospital es éste? Este es el Hospital de las Brujas y no te extrañes de que sea un hospital diferente a los otros.

–Ahora me explico –respondió Rodrigo. Nunca había visto a un médico vestido de negro que examinara a los niños con una varilla y jamás me había bañado con un sapo tropical, pero lo que no entiendo es por qué te agrada el agua con jabón.

–¡Ah! –exclamó el sapo. Veo que eres muy inteligente. Te diré una cosa, todos los animales que nadamos debajo del agua necesitamos tener la piel muy resbalosa y el jabón ayuda a esto y al mismo tiempo el hermoso colorido de mi piel amarilla se realza aún más cuando está bien lavada.

Rodrigo seguía sin entender las explicaciones del sapo ya que no comprendía por qué la mamá lo bañaba todos los días si él no era un niño tropical ni tenía la piel amarilla ni nadaba debajo del agua. Además, en la casa de su tío Ricardo había un acuario con peces tropicales el cual tenía un calentador para mantener el agua tibia, pero nunca había visto al tío echarle jabón al agua.

Al parecer, el sapo captó los pensamientos del niño y le dijo: No te extrañes de todas las cosas raras que suceden aquí, verás muchas cosas más divertidas que la cabeza de un sapo. Diciendo esto, guiñó un ojo y desapareció en el agua espumosa.

El niño se salió de la tina de baño y sacó el tapón del desagüe para que se fuera el agua y así seguir conversando con su amigo el sapo, pero la bañera se vació totalmente de agua y el sapo amarillo no estaba ahí. Era muy grande para haber salido por la cañería del desagüe, pensó el niño. Quizás saltó hacia las baldosas y yo no lo vi.

En esos instantes llegó una bruja enfermera que secó al niño con una gruesa y áspera toalla, le puso un pijama y lo metió a la cama.

–Ahora mi niño –dijo la bruja –vas a comer. ¿Qué prefieres? Hay muchas cosas exquisitas: Ratones fritos con baba de caracol, alas asadas de murciélago, colas de lagartijas en almíbar y tripas de culebra. Si prefieres

una sopa, te la puedo servir de berenjenas podridas o de jugo de calcetín de brujo.

El niño oía con espanto la lista del repugnante menú y muy enojado le gritó a la enfermera que no quería nada de esa comida asquerosa.

—¡Entonces, te quedarás sin comer! —respondió la bruja muy enfadada y dando media vuelta salió de la habitación cerrando bruscamente la puerta. El niño se quedó solo y se acordó de lo que le había dicho el sapo. En realidad, todo era extraño en esta clínica. Las aventuras que había tenido eran muy agradables, no así la calidad de comida que le habían ofrecido y al recordarla le dio tanta rabia que empezó a gritar: ¡Quiero comida! ¡Tengo hambre! ¡Denme de comer! Pero nadie acudía a su llamado.

De pronto, la puerta que daba al pasillo se abrió lentamente y se asomaron varias caras de animales. Rodrigo pensó que las brujas se habían puesto máscaras para asustarlo y empezó a burlarse de ellas haciendo

muecas y agitando los dedos de la mano apoyando el pulgar en la punta de la nariz. Pero no eran máscaras sino animales de cuerpo entero que entraron sigilosamente a la habitación. Había un cerdo, un pequeño canguro, una llama, un pelícano y otros animales más pequeños.

—¿De dónde han salido ustedes? —preguntó el niño. ¿Hay un zoológico por aquí cerca?

—No —dijo el hipopótamo. Somos tus vecinos y estamos hospitalizados en las otras habitaciones.

—¿También comieron fruta verde? —preguntó el niño.

Ante pregunta tan inesperada los animales se pusieron a reír y a Rodrigo se le pasó el enojo. Recién entonces se dio cuenta de que los animales le hablaban pero no le sorprendió, porque ya estaba acostumbrado a tantas cosas raras, y entrando más en confianza le preguntó a cada uno de ellos por qué estaba hospitalizado.

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

–A mí me mordió la pata un cocodrilo –dijo el hipopótamo –Y estoy cojito.

–Yo me tragué un pescado empezando por la cola y se me raspó el gaznate –dijo el pelícano.

–Yo comí como chanco –dijo un chanco– y tengo indigestión. Un mono comentó que se había comido un plátano al revés. Rodrigo estaba pensando si se lo había comido de atrás para adelante o si se había comido la cáscara primero, cuando en esos instantes se oyeron unas voces en el corredor. Era el doctor que estaba pasando visita acompañado de dos brujas enfermeras.

–¿Qué se hicieron los pacientes? -gritaba furioso.

–¿Por qué se han salido de sus camas?

Los animales al escuchar estas palabras se asustaron y abandonaron rápidamente la habitación. El doctor se acercaba al dormitorio de Rodrigo y

al encontrarse con los animales que salían atolondradamente, casi cae al suelo junto con las dos brujas. La foca no había alcanzado a huir y sin pensarlo dos veces dio un salto y se escondió bajo las sábanas, en la cama de Rodrigo. Entró el doctor y miró fieramente al niño.

—¿No he ordenado que este niño no debe recibir visitas?—preguntó a una de las enfermeras que permanecía callada y muy nerviosa.

Al observar al bulto que formaba el cuerpo de la foca junto a Rodrigo comentó que el niño se había empeorado.

—¡Qué abultado tiene el vientre!—exclamó.

—A ver señorita—prepárelo para examinarlo.

Una de las brujas echó las sábanas hacia los pies de la cama y la foca al sentirse descubierta comenzó a aullar y a palmotear con las aletas lo que causó gritos de indignación del doctor y carcajadas del niño. La bruja le dio una palmada en el lomo a la foca y ésta saltó fuera de la cama y se alejó

rápidamente. A Rodrigo se le acabó la risa y observaba al doctor, éste, acercándose, le tocó la frente y le tomó el pulso, no en la muñeca sino en el pie izquierdo.

—El niño se ha enfriado al estar con la foca en la cama —dijo el doctor— ¡tráiganle rápidamente un gato!

Al poco rato trajo una de las enfermeras un hermoso gato y se lo puso sobre los pies. Terminó la visita médica y el brujo con las dos enfermeras se retiraron. El gato ronroneaba y le provocaba cosquillas a Rodrigo; el niño retiraba los pies bruscamente y el minino comenzó a jugar con ellos como si fueran ratones que corrieran debajo del cubrecama. Este nuevo juego divertía mucho a Rodrigo el cual daba gritos de gozo. Otra vez se abrió la puerta y entró una bruja que exclamó —¡Basta de travesuras! ¡El niño tiene que descansar y dormir!—. El gato maulló y saltó hacia la puerta queriendo salir.



Rodrigo y el Hospital de las Brujas

–No tengo sueño -dijo Rodrigo –¿por qué no me traes un libro de cuentos o algún juguete para entretenerme?

–Te traerá algo parecido– respondió la enfermera y al poco rato trajo una jaula con loritos de diversos colores. Abrió la puerta de la jaula y los echó a volar. Los periquitos daban estridentes chillidos. Algunos se estrellaban contra los vidrios de la ventana, otros se posaban sobre la cama o se encaramaban por las cortinas. El niño aplaudía entusiasmado y saltaba sobre la cama tratando de atraparlos, pero los loritos echaban a volar cuando Rodrigo se acercaba a ellos. El gato que había salido de la habitación entró nuevamente y con gran entusiasmo intentaba cazarlos.

Los periquitos al darse cuenta de que había un gato, volaron hacia la puerta y desaparecieron.

A Rodrigo se le acabó el juego y se puso de mal humor pero pronto cambió su carácter cuando llegó una hermosa joven con una gran bandeja en

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

la cual venía un plato con caldo de gallina, arroz y jalea.

–Debes lavarte las manos antes de comer –dijo la muchacha. Le trajeron un lavatorio con agua tibia y la joven le jabonó las manos y la cara. Luego le sirvió la sopa. Rodrigo estaba muy cansado y entre bostezo y bostezo se comió el postre y luego se quedó profundamente dormido. Al día siguiente la luz del Sol entraba por la ventana cuando el niño despertó. Se sentía muy alegre y pensó que su mamá pronto lo vendría a buscar. El hospital estaba silencioso, solamente se oían ruidos en el suelo que Rodrigo no podía interpretar. Alguien trepaba lentamente por las patas del catre. Pronto el niño salió de dudas porque llegó a los pies de la cama una hermosa cacatúa blanca.

–¡Buenos días! –dijo el pajarraco.

–¡Buenos días! –balbuceó el niño tímidamente. ¿De dónde vienes?

–¡De Australia! –respondió el loro blanco –¡y soy el Director del

Hospital!

El niño nada dijo y esto al parecer molestó a la cacatúa porque preguntó de inmediato –¿no sabes hablar?

–Sí – contestó el niño.

–¿Cómo te llamas?

–Rodrigo.

–¡Qué curioso! Yo también me llamo Rodrigo y sé hablar igual que tú.

¿Vas a la escuela?

–Sí.

–Yo también voy a la escuela.

¿Comes pan con leche?

–Sí.

–Yo también como pan con leche.

¿Cuándo es tu cumpleaños?



Rodrigo y el Hospital de las Brujas

–No me acuerdo.

–Ese mismo día es mi cumpleaños, dijo la cacatúa.

¿Te gusta la fruta?

–¡No! Gritó Rodrigo, ya furioso con el interrogatorio del loro.

El loro se puso a reír y a silbar, lo que hizo enojarse aún más al niño que le preguntó:

–¿Tienes una almohada?

–No –dijo el loro.

–Entonces...¡aquí tienes una! Diciendo esto, Rodrigo le lanzó sorpresivamente la almohada que tenía a sus espaldas y la cacatúa muy asustada empezó a gritar ¡Socorro! ¡Socorro! Mientras trataba desesperadamente de no caer al suelo dando aletazos y aferrándose a la cama con el pico y las patas. Ante tal alboroto llegó una bruja enfermera que, al ver a la cacatúa en apuros exclamó, ¡Señor Director! ¿Qué le ha pasado?

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

Deme la patita, ¡la patita lorito! ¡Rurrruy, rurrú!

El loro se subió al antebrazo de la enfermera e indignado empezó a retar a Rodrigo. El niño cantaba en voz alta para así no oír las palabras del loro y a la enfermera que también lo reprendía. Así estaban los tres cuando se abrió la puerta y entró la mamá de Rodrigo.

–¡Mamá! –exclamó el niño con gran alegría.

La madre y el niño se abrazaron y besaron. La cacatúa había echado a volar y la bruja ahora sonreía bondadosamente. A Rodrigo lo dieron de alta y se despidió del doctor y las enfermeras, pero al "Director del Hospital" no lo pudo encontrar.

Mientras se alejaban del hospital, Rodrigo le relataba entusiasmado a mamá sus aventuras con los animales.

–Mi hijo debió estar ayer con mucha fiebre –pensó la mamá– ya que todo lo que cuenta es imposible que sea verdad. El automóvil se alejó y ni la

Rodrigo y el Hospital de las Brujas

mamá ni Rodrigo se dieron cuenta de que el hospital desaparecía lentamente y en su lugar sólo quedó un sitio abandonado, cubierto de pasto seco y basura.

Fin



Rodrigo and the Hospital of the Witches

by Fernando Olavarría Gabler

Rodrigo and the Hospital of the Witches

Spring is here! Hurrah it's Spring! Long live the flowers and green, unripe fruit! Rodrigo had a fever and a tummy ache and was throwing up! His mother was afraid he might be suffering from an acute case of appendicitis. She took him in her arms, carried him to the car and drove at lightning speed to the hospital.

For some reason not worth explaining, the car did not arrive to the white hospital for children, but to the blue one for grownups. The mother, deeply worried, changed course and found herself at the yellow hospital, that was only for elderly people. Then she found the red hospital, where mothers went to have their babies. By that time, Rodrigo was crying out in desperation, with both hands grasping his tummy. Having glimpsed a sign that read: To the W. Hospital..., his mother, in utter despair, drove down the indicated street that was lined with beautiful trees.

At the end of the street was a beautiful multi-colored building that looked somewhat like a fortress. The car came to a stop, the distressed mother got out and carried her son in her arms. There was a nun dressed in a black habit waiting for them at the door. She received the child lovingly and greeted his mother with the sweetest of smiles. Rodrigo observed the nun's face very intensely. He found the hawk-like nose, the brilliant eyes, the golden-framed glasses, and the yellow, sharp-pointed teeth very strange indeed. The boy hadn't realized that he'd entered the Witches Hospital!

You will have to leave the sick boy here and return tomorrow – said the false nun; that is, the witch. Though the mother was not at all happy with the idea, she finally gave in and returned home.

The boy was taken to a reception room where he was examined by a doctor with a long moustache and sharp-pointed beard –strangely enough – he was also dressed in black and not white. The boy was stripped of his clothes, but instead of touching his tummy with his hands or using the device that doctors put in their ears, the doctor took out a long thin rod he had hidden inside his ample sleeve and began tickling Rodrigo's feet, his neck, his ribs; that is, all the places that Rodrigo was ticklish. The boy laughed uncontrollably until he almost cried, and with so much rolling about he nearly fell to the floor.

After sitting on a chamber pot he got rid of the unripe fruit he had eaten and the pain completely disappeared.

-He needs to take a bath, a nice hot bath in a bathtub, said the witch – then he should have something to eat and get a good night's sleep, since tomorrow he'll be released when his mother comes to take him home.

By then, Rodrigo was feeling much better. He thought that the tickling game that the doctor had played was great fun.

Two witch nurses came in and lead the boy down a hall to a beautiful

room where there was a bed with nice, clean, white sheets.

The room was communicated to a bathroom which had a big bathtub. They filled it up with lukewarm water and lathered him up with soap. He stayed in the bath tub for a long time. The witches had brought little boats, fish, turtles, and other floating toys which kept the boy happily entertained.

Rodrigo didn't want to get out of the water and no one was insisting that he should. More and more foamy bubbles formed until they overflowed onto the tile floor.

Suddenly Rodrigo realized that two eyes were watching him from in between the bubbles: They were two big, round eyes that at first he had confused with two big bubbles. Quite startled, the boy's first thought was to get out of the tub as fast as he could, but then out from under the bubbles peeped the head of a big, yellow frog whose eyes were the same ones that had frightened him.

-Good evening – said the frog. Tell me child, how have they been treating you in this hospital?

-Very well – answered the boy, who continued staring curiously at the frog.

-Don't be afraid – said the frog – I'm not a poisonous frog.

-Why are you in my bathtub? – asked Rodrigo.

-Because I was very cold, by the way, don't stand there naked, shivering with water up to your knees. Sit down and let's go on talking.

-Hey frog, doesn't the hot water and soap harm your skin?

-No- answered the frog, on the contrary, I enjoy it very much. Do you want to know why? Because I'm a tropical frog.

-Child, have you any idea what kind of a hospital this is? It's the Witches Hospital, so you mustn't be surprised that it's different from all the other hospitals.

-Now I see – answered Rodrigo. I've never seen a doctor dressed in black before who examined children with a rod and I've never taken a bath with a tropical frog, but what I don't seem to understand is why you like soapy water.

-Aha! – exclaimed the frog. You're a very intelligent lad, but let me tell you one thing: all animals that swim underwater need to have very slippery skin, and soap helps to keep it like that, and at the same time, my shiny, yellow skin is enhanced when it's kept clean.

It was difficult for Rodrigo to understand the frog's explanations. Why would his mother bath him every day if he wasn't a tropical child, and he didn't have yellow skin or swim underwater? And besides, at his uncle Richard's house there were tropical fish in an aquarium that had a heater that

Rodrigo and the Hospital of the Witches

kept the water warm, but he'd never seen his uncle adding soap to the water.

It seems the frog understood what the boy was thinking and remarked: -Don't be surprised by any of the strange things that happen here, you'll see things that are much funnier than a frog's head. And upon saying this he winked and disappeared into the bubbly water.

Stepping out of the tub, the boy pulled the plug to let the water go so he could continue talking with his friend the frog, but when the tub was completely empty, the yellow frog was nowhere to be seen. The frog was much too big to have gone down the drain pipe, thought the child. Maybe I didn't see him jump down onto the tiled floor.

Just then, a witch nurse arrived who dried the boy with a thick, rough towel, put on his pajamas and tucked him into bed.

-Now my child – said the witch – it's time for you to eat something. What would you like? There are many delicious options: Fried mice with snail slime, roasted bat wings, lizard tails in syrup, and snake guts. Or if you prefer soup, we have rotten eggplant soup or the juice from a sorcerer's stocking.

The boy listened in horror as she read aloud the disgusting menu. Getting very upset, he shouted at the nurse that he didn't want any of that filthy food.

-Then, you will have nothing to eat! – answered the very angry witch, who turned her back and left the room, slamming the door behind her. The boy was now alone and remembered what the frog had told him. It was true, everything was very strange in this clinic. He had to admit that he'd had some funny adventures, however, recalling the disgusting menu that he'd been offered, he became so upset that he began yelling: I want something to eat! I'm hungry! Give me something to eat! But nobody answered his cries.

Suddenly, the hall door opened ever so slowly and several animal heads appeared in the doorway. Rodrigo thought that maybe the witches were wearing masks trying to frighten him. He started making faces and mocking at them, putting his thumb on the tip of his nose and wagging his fingers to and fro. But come to find out, they weren't masks at all, but full-bodied animals that began parading silently into the room. There were pigs, a small kangaroo, a llama, a pelican, and other smaller animals.

-Where have you come from? – asked the boy.

-Is there a zoo nearby?

-No, said the hippopotamus. We're your neighbors from down the hall.

-Did you also eat unripe fruit? – asked the boy.

Hearing such an unexpected question made the animals start to laugh and Rodrigo forgot about being upset. Suddenly he realized that the

animals were talking to him. Strangely enough, he wasn't the least bit surprised, as so many weird things had happened to him that day. Feeling much more confident, he asked each of the animals why they were in the hospital.

-A crocodile bit my leg – said the hippopotamus- and now I'm limping.

-I swallowed a fish, starting from its tail which scraped my gullet – said the pelican.

-I ate like a pig – said a pig – and now I have indigestion. A monkey said he had eaten a banana backwards. Rodrigo was wondering if the monkey had eaten it from the back to the front, or if he'd eaten the banana peel first. Suddenly they heard some voices approaching from down the corridor. It was the doctor visiting his patients, accompanied by two nurse witches.

-Where are the patients? - he shouted furiously.

-Why are they out of their beds?

When the animals heard him shouting, they got scared and ran towards the door. As the doctor approached Rodrigo's room, he and two of the witches were nearly knocked off their feet by the animals, as they went scurrying out the door. The seal wasn't able to escape, so without thinking twice, she made a leap for Rodrigo's bed and hid under the sheets. The doctor entered the room and scowled the boy.

-Didn't I say that this boy was not allowed to have any visitors? He asked one of the nurses who acted very nervously and remained silent.

When he saw the bulk formed by the seal's body next to Rodrigo, he commented how the boy's condition had gotten worse.

-How bulky his tummy is! - he exclaimed.

-Let's take a look Miss – prepare him to be examined.

One of the witches drew back the sheets to the foot of the bed. The seal, realizing that she had been discovered, started to bark and clap her fins together, which upset the doctor and made the boy burst out laughing. The witch slapped the seal on her backside, which caused her to quickly jump off the bed and flipper-flap away. Rodrigo stopped laughing. He watched as the doctor came up close to him, touched his forehead and checked his pulse, not on his wrist but on his left foot.

-The boy has gotten cold being in bed with the seal – said the doctor – bring him a cat immediately!

One of the nurses quickly returned with a beautiful cat and placed it on his feet. The doctor's visit finished and the wizard and the two nurses left the room. The cat's purring tickled Rodrigo; when the boy withdrew his feet, the pussycat began playing with them as if they were rats running under the bedcovers. Rodrigo squealed with delight at this new game. Once again the

Rodrigo and the Hospital of the Witches

door opened and a witch came in and ordered – That's enough mischief making! The boy has to rest and get some sleep! The cat meowed and jumped towards the door wanting to escape.

-I'm not sleepy – said Rodrigo – why don't you bring a storybook or a toy for me to play with?

-I'll bring you something like that – answered the nurse, as she went out then returned with a cage full of multicolored parrots. The parakeets shrieked loudly. Some of them banged up against the window glass, as others climbed onto the bed and made their way up the curtains. Clapping happily and jumping on the bed, the boy attempted to catch them, but just as he was about to, they flew away. The cat that had left the room now returned and was leaping into the air trying to capture the birds.

Once the parakeets realized that there was a cat in the room, they went flying back to their cage and soon after flew out the door and disappeared.

The game now being over, Rodrigo was feeling rather grumpy, until a beautiful, young woman came into the room, carrying a big tray on which there was a steaming bowl of chicken soup, some rice, and a jelly dessert.

-You must wash your hands before you eat – said the young girl. A lavatory filled with warm water was brought into the room. The girl washed his hands and face, then served him the soup. Very tired, and between yawns, Rodrigo finished his dessert and then fell fast asleep. The following day, a bright ray of sunlight came through the window and woke the boy up. He felt very happy, remembering that his mother would soon come to fetch him. The hospital was quiet except for a curious scratching noise that seemed to come from the floor. Rodrigo couldn't imagine what it could be. Something was slowly climbing up the legs of the bed. Suddenly, a beautiful, white cockatoo was standing at the end of the bed.

-Good morning! – said the large bird.

-Good morning! – muttered the boy shyly. Where do you come from?

-From Australia! – answered the white parrot – and I'm the Director of the Hospital!

The boy didn't answer, which seemed to annoy the cockatoo, who asked abruptly – don't you know how to talk?

- Yes – answered the boy.

-What's your name?

-Rodrigo.

-How odd! My name is also Rodrigo and I can talk just like you.

-Do you go to school?

-Yes.

-I go to school too.

-Do you eat bread with milk?

-Yes.

-I also eat bread with milk.

-When is your birthday?

-I don't remember.

-My birthday is the same day as yours, said the cockatoo.

-Do you like fruit?

-No! shouted Rodrigo, who was getting quite upset by all the parrot's silly questions.

The parrot started to laugh and whistle, which made the boy even angrier still. Then the boy asked the parrot:

Do you have a pillow?

-No – said the parrot.

-Then, here is one! -yelled Rodrigo, and suddenly threw the pillow that had been behind his back at the cockatoo, who, very frightened, begun to shriek: - Help! Help!, while he flapped his wings and held onto the bedclothes with his beak and claws, trying to keep from falling off the bed. Hearing all the racket, a witch nurse arrived on the scene and noting that the cockatoo was in trouble she exclaimed, Mr. Director! What ever has happened?! Give me your little foot, your little foot, dear bird! Roo-roo, roo-roo!

The parrot climbed onto the forearm of the nurse and began scolding Rodrigo furiously. The boy started singing loudly so as not to have to listen to what the parrot was saying, so the nurse ended up scolding him too. Such was the state of the three when the door suddenly opened and Rodrigo's mother came into the room.

-Mummy! cried out the boy joyfully.

The Mother and child hugged and kissed one another. The cockatoo had flown away and the witch was now smiling sweetly. Rodrigo was released from the hospital. He said goodbye to the doctor and the nurses, but the “Hospital's Director” was nowhere to be found.

As they were leaving the hospital, Rodrigo told his mother excitedly all about his adventures with the animals.

-My son must have been with very high fever yesterday – thought his mother – because everything he's told me can't possibly be true. As the car pulled away from the hospital neither the mother nor Rodrigo realized that the hospital was slowly disappearing and in its place there was only an abandoned place covered with dry grass and garbage.

The End

Las asombrosas
Aventuras
de Federico
Y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Adelina